Luisa Valenzuela, con la vivacidad de siempre

Por **IRENE CHIKIAR BAUER**

Luisa Valenzuela conmueve y remueve. No es su estilo el de las aguas tranquilas, sino el de los remolinos que arrasan. Tal vez nadie lo dijo mejor que el escritor argentino Juan Filloy cuando al principio de su carrera literaria le escribió: «Por favor no toque su estilo. Es de una acuidad excepcional. Semejante a una pelota nueva de goma, pica, salta, rebota con tanta vivacidad que da gusto verlo actuar en los temas más diversos». Lo milagroso es que así ha sido por más de cincuenta años, dado que el de Luisa Valenzuela es un estilo vigoroso, vivaz como ella misma, siempre dispuesta a la curiosidad y al asombro. Siempre al tanto de lo que pasa en su país y en este mundo cada vez más en peligro, en esta época de crisis climática y ambiental, de la que el género humano es responsable y culpable. No desentenderse de lo que pasa, no refugiarse en torres de cristal ni en palabras vacías: ese parece ser uno de los motores de su obra literaria, que, si en algo se regodea, es en la búsqueda de «peligrosas palabras» con las que «escribir de verdad» y en «confrontar con los abismos» que se abren a cada paso, en la realidad o en la imaginación.

En 2017, cuando se cumplían cincuenta años de la edición de su primera novela, junto con Esther Cross y Gwendolyn Díaz ideamos unas Jornadas en homenaje de Luisa Valenzuela que llevaron por título «El vértigo de la escritura». Fueron muchos los artistas y escritores que se sumaron a lo que se convirtió en una celebración en la que lo académico convivió con lo creativo, imbricándose en una red exquisita en la que con toda libertad se trató su obra y personalidad. Eduardo Gotthelf propuso un «Yendo de tapas con Luisa Valenzuela» en el que recorrió muchos de sus títulos e hizo guiños a la vida personal o imaginaria de la homenajeada, al decir, por ejemplo: «En cuanto a sus amores, ha tenido una historia color de rosa con un suizo, y también una *Novela negra con argentinos*». Autora reconocida pero no sacralizada, que se deja recrear aceptando con entusiasmo las propuestas de otros escritores, Luisa permitió que realizáramos una actividad en la que un grupo de escritores tomaban extractos de sus obras y las intervenían a su gusto, completando, cortando, recreando, sumando palabras propias a las suyas. Se ha dicho que Luisa Valenzuela escribe con el cuerpo y ella misma advirtió que las escritoras del tercer milenio «estamos por fin diciendo nuestras oscuras verdades para develar aquello que permanecía oculto a la sombra del logos masculino». Al permitir aquella sección del homenaje que se llamó «Luisa Valenzuela intervenida», siempre curiosa y divertida, nuestra escritora dejó que los demás jugaran con sus palabras.

Cuando le pregunté a Luisa cómo se sostiene el oficio literario por décadas, y la publicación de más de treinta libros, respondió: «Creo que el oficio […] la sostiene a una, se te impone como una necesidad para derivar algún mínimo de sentido de la realidad, confusa por cierto». También contó que su primera novela, *Hay que sonreír*, la escribió en París, cuando su hija tenía pocos meses, porque «extrañaba mucho Buenos Aires». Finalmente, sin ningún deseo de emular el conocido tango de aquel que se queda «anclado en París», no sin antes viajar de lo lindo, es decir mucho, Luisa regresó y se instaló en Buenos Aires. Por esas cosas del destino que podría habernos hecho parientes, ahora vivimos cerca una de la otra, somos vecinas. La veo recorrer el barrio con la atención despierta que la acompaña desde niña, cuando escapando de la vigilancia hogareña recorría los tejados, se conectaba con su deseo de explorar, de alejarse de lo conocido. Con la misma valentía con la que saltaba de techo en techo, Luisa Valenzuela se deja llevar por «el fluir de las palabras, por el accionar de los personajes que van apareciendo y actuando». Pero también tiene la capacidad de ver en las noticias

periodísticas el terreno fértil para construir ficciones, inventar historias, recrear situaciones.

Su oficio de periodista parece ser la consecuencia lógica de una mente creativa que bucea a la caza de tesoros. Pero Luisa no solo encuentra porque busca, también encuentra sin buscar, por el solo hecho de atender al inconsciente y seguir la ruta luminosa u oscura del deseo. Eso le ha permitido ser dueña de una voz propia, personalísima, que no se privó de ventilar temas que la literatura argentina no trataba en profundidad. Como sucedió en su libro *Hay que sonreír*, uno de los primeros en poner en evidencia la violencia de género. O en sus célebres *Los deseos oscuros y los otros. Cuadernos de New York*, que deberían reeditarse por dar cuenta de un erotismo que «revela un despecho por el miedo a contarlo todo». Valentía, desparpajo, humor, aventura, feminismo, ímpetu por expresarlo todo. Como escritora, Luisa asume que «siempre hay tentaciones y siempre hay efectos de vértigo. También juegan las ganas de sentirse un poco iconoclasta, irreverente, a pesar de que ya ha habido tanta iconoclastia e irreverencia que lo nuestro corre el riego de parecer pálido» (pág. 17). Aun así, supo anticipar que «a caballo del siglo XXI» cabía «esperar que se dé el cambio, la apertura. En múltiples direcciones». Somos testigos de que eso ha sucedido, de que viene sucediendo en esta segunda década del siglo en el que, definitivamente, por las plumas de escritoras como Valenzuela, «podemos celebrar el encuentro tan largamente postergado de la mujer con su propio lenguaje» Un lenguaje que, le pese a quien le pese, no se traduce en una literatura «femenina», categoría con la que se quiso definir a una literatura menor, o débil, sino una voz desde la que aflora «un decir diferente», en el que «el lenguaje se erotiza, se carga con las hormonas del emisor (¡la emisora!), nos traiciona, se sacraliza, revienta». Y lo hace como si fuera una jugosa granada cuya explosión salpica, impregna, da color, porque «hay un lenguaje femenino escondido en los pliegues de aquello que se resiste a ser dicho»[1].

La fascinación de Luisa Valenzuela por las máscaras es misteriosa, aunque ella haya sido requerida una y otra vez para explicarla; aunque haya exhibido su colección de máscaras en diferentes oportunidades y en sitios de prestigio, como el Museo de Arte Decorativo de Buenos Aires. Las máscaras tienen su propio lenguaje; el lenguaje ha sido por siglos enmascarado. Como escritora, Luisa Valenzuela lo ha denunciado una y otra vez: «La mujer, cuyo mandato fue ser bella y callar, va perdiendo su máscara y ya no le importa la belleza, le importa decir lo que no pudo ser dicho desde la hegemonía del padre, y siembra algo peor que el desconcierto: siembra la duda»[2]. Entonces, parece invitarnos nuestra escritora a sacarnos la máscara de la falsa belleza, la belleza impuesta y hegemónica, y a lucir las máscaras talladas aquí y allá por artesanos del mundo, por personas que conectan con sus ancestros, con sus mitos, con sus tradiciones. Con una belleza terrible, no edulcorada, ni prescripta por el sistema capitalista de sujeción de los cuerpos de las mujeres, en el que también son captados todos los sujetos, convertidos, no puede ser de otra manera en este sistema, en mercancía.

Por todo esto, no extraña que Luisa Valenzuela diga que «la tarea de escribir es desgarradora y dichosa al mismo tiempo»: «es un dejarse llevar por la creación a todo galope pero con la rienda corta, evitando desbocarse, y es al mismo tiempo un minuciosos enfrentamiento con algo tan manoseado y vilipendiado y gastado y sorprendente como puede ser el lenguaje[3].

Un lenguaje resiliente que acepta y goza las torciones que Luisa Valenzuela le imprime para dar cuenta de las más variadas temáticas: diarios íntimos, viajes, humor, erotismo, abuso y poder son algunos de sus objetivos. Luisa pone el ojo, examina, apunta y dispara con palabras. Le interesa indagar en personalidades de la política, imaginarlas en situaciones más o menos verosímiles, como hizo con Juan Domingo Perón en *La máscara sarda, el profundo secreto de Perón*, o con el siniestro López Rega en *Cola de lagartija*. Y, reciente-

1. Luisa Valenzuela. *Peligrosas palabras*. Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001. Pág. 23.

2. *Íbid*. Pág. 29.

3. *Íbid*. Pág. 31.

Luisa Valenzuela. Fotografía: Gaspar Correa ©

mente, en su novela *Fiscal muere*. En una entrevista que le hice en el Museo MALBA, en ocasión de las Jornadas Luisa Valenzuela «El vértigo de la escritura», y que fue publicada en un volumen que lleva ese nombre[4], me dijo: «El poder es algo que me resulta un enigma digno de indagar […] esa ambición desmedida por un poder omnímodo que vemos en muchos personajes reales más bien nefastos es algo que me fascina por incomprensible. El querer dominarlo todo. El buscar convertirse en dios…» (pág. 32). Un Dios al que ella desacraliza. Cuando le pregunté si se consideraba una persona valiente, me respondió: «Espero que sí. Creo que soy una persona valiente. Y valiente caradura, por meterme justamente allí donde nadie me llama» (pág. 33). Ese entrometerse sin ser esperada adquiere en ocasiones atisbos anticipatorios, como sucedió en su libro *Cambio de armas*, que escribió en 1977 y fue publicado en 1979, y que trata sobre la dictadura militar argentina. Un libro en el que sintió que exageraba, pero los juicios realizados durante el Gobierno democrático de Raúl Alfonsín revelaron que no era tan así.

Cuando creyó que ya no escribiría más novelas, según sus propias palabras, Luisa Valenzuela se dedicó a «todo lo demás: cuentos, ensayos eclécticos, microficciones, lo que fuese» (pág. 83). Pero ciertas historias se le impusieron, la tentaron, y ella, émula de Oscar Wilde, puede resistir cualquier cosa menos la tentación. Ergo, regresó a la novela. Tentación y deseo son una dupla que «la puede» (en Argentina decimos que algo «nos puede» como sinónimo de «nos seduce»), y Luisa cede, se deja llevar, o toma las riendas, divertida, como jugando, aunque también, como se dijo antes, pueda sufrir el vértigo de la escritura. Para ella, «escribir no es exorcismo o catársis, es más bien una confrontación con los abismos»[5]. Y: «Toda buena escritura circula en pos del deseo. No escribimos sólo para contar una historia, sino para alcanzar algo que está más allá de lo que puede ser dicho. Y el deseo es algo que siempre está más allá, y se escapa, y nos obliga a llegar lejos persiguiéndolo».

Como lectores deseamos que siga sucediendo, que el deseo siempre llame, que Luisa responda y, aunque sepa de memoria que se trata de una persecución de lo imposible, siga prosperando, como intrépida aventurera, en al arte de ir más allá de lo que puede ser dicho. Para ser la escritora que es, la que escribe, el *El gato eficaz*: «Yo soy tan distinta cambiando a cada paso y teniendo que cargar con un único nombre como si mi cuerpo y mi cara y toda mi persona no sufriera constantes mutaciones. Estoy en todas partes de mí misma y me transformo».

4. *El vértigo de la escritura. Jornadas Luisa Valenzuela*, Buenos Aires, 2017.

5. Luisa Valenzuela. *Peligrosas palabras*. Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001. Pág. 57